

**CUENTO N° 286**

**TÍTULO: MURMULLOS**

**SEUDÓNIMO: LESTRADE**

**AUTOR: ROBERTO ALFREDO BRIONES SEPÚLVEDA**

## MURMULLOS

Un segundo lugar en un concurso internacional no es malo, Jean Jacques; es casi lo mismo, e incluso a veces es mejor que el primero. Tus contendores no eran aficionados ni aparecidos; el que menos, ha sido concertino en "Alla Scalla" o en el "Mozarteum". Y tú, junto con Atria, los únicos dos chilenitos. Tú, con tu violincito de abeto tipo cedro -no es malo el instrumento, es cierto, gran barniz de Pérez-, obtuviste el segundo lugar y te quejas. Tu tercer movimiento fue, como bien lo reconoció Itzhac Perlman: *"Chilean third movement, the best allegro that I've heard"*. Vamos a celebrar o a pasar la pena, como quieras..., y después a prepararse para el próximo "Pablo de Sarasate" en España. Yo invito y no te fijes en gastos. ¿Te parece el Piano Bar del Carrera? Hay una negra yanqui exquisita, que además canta muy bien, en la onda de la Ella Fitzgerald. Es realmente regia. Mientras caminamos hacia el Hotel Carrera, permíteme decirte que tu problema Jean Jacques, no es el oficio, que te sobra. Eres lejos el violinista más virtuoso que existe en estas latitudes. No hay muchos en el mundo que se atrevan con el Capricho 24 de Paganini, con el cual tú te abanicas. Tu problema no está en los *"Allegros ni allegros con brío o molto vivace."* Tu problema está en... **¡En los adagios!**... Me lo han dicho miles de veces. Me cuesta la música lenta, las notas arrastradas, o las que se quedan pegadas por una eternidad. Tampoco los vibratos extendidos y el abuso de las cuerdas graves. Me desespero y quiero que el maldito movimiento termine pronto. Sin embargo, no olvido las palabras de nuestro maestro Britten: *"Los verdaderos músicos se descubren en los adagios. Ahí yace la comunión entre el autor y el intérprete"*. Ahora, apuremos el paso, Gabriel. Está lloviendo fuerte esta noche. Ya se escuchan los truenos en la cordillera. Tenemos que proteger los instrumentos.

Buena la negra, Gabriel. Regia desde la cabeza a los pies y además canta excepcionalmente bien. Cierto, su voz e interpretación tienen un dejo de la Ella, pero la suya es más íntima y aterciopelada, la siento como si estuviera cantando para mí, sólo para mí en mi oído, susurrando, gimiendo, respirando. Me quitó diez años esta mujer, Gabriel. Invitémosla a la mesa después de que termine su presentación. Te doy firmado que está sola y que estará feliz de compartir un par de tragos con dos varones otoñales, buenos mozos y músicos de primer orden, como sello de garantía.

- *Would you like to marry us? ...* Somos dos músicos muy serios y podemos interpretar para usted piezas desde Lully hasta Schönberg, Gershwin incluido, por supuesto. Además, somos dos encantadores y entretenidos varones otoñales. ¿Quiere usted compartir nuestra mesa mientras espera su presentación?...

Esa fue nuestra más o menos original forma de abordarla. Efectivamente, como nos confesaría más tarde, estaba y se sentía muy sola. *"It is the heavy burden of celebrity", nos dijo. "Nadie se nos acerca porque nos creen inalcanzables"*.

Le gustamos a la gringa. Aceptó la invitación, advirtiéndonos que su último show era a las once de la noche y que hasta entonces no la hiciéramos tomar demasiado. *"After that, do your best"*.

Tuvimos que quitarle casi a la fuerza su tercer Macallan a las once. Se fue haciéndonos jurar que la esperaríamos, lo que por supuesto así estaba estratégicamente calculado.

Cuando se puso de pie lo sentí por primera vez: Un inexplicable murmullo me cargó de electricidad y se concentró en Excalibur, mi ardiente espada del amor. Sospeché veladamente de dónde venía, de modo que pedí a Samantha que volviera a sentarse y que esta vez lo hiciera lentamente. Tomó asiento sonriendo complacida, con la gracia de una prima ballerina, cruzando a continuación sus largas piernas, apoyando una sobre la otra. El murmullo se hizo claro y audible y potenció mi espada hasta hacerla destacarse peligrosamente.

A pesar de haber identificado el origen y procedencia del murmullo, tuve la certeza de que éste venía desde otro espacio y otro tiempo. Cuando Samantha se alejó unos pasos de nuestra mesa y el murmullo se empezó a fundir con las voces y las risas que inundaban el bar, apareció furtivamente ante mis ojos una velada imagen de balaustres de un corredor proyectadas en sombras inclinadas sobre un pavimento de baldosas con dibujos blancos y grises.

Samantha me dedicó públicamente su última canción, lo que me produjo una momentánea vergüenza, la que se disipó cuando, a pedido del público, acompañé a la hermosísima cantante con mi violín, en un popurrí de melodías que yo fui eligiendo entre aquellas que consideré conocidas por todos. Empecé con *"Greenfields"* un par de minutos,

luego con *"A hard day's night"*, retrocedí a *"Summertime"* y terminamos mirándonos a los ojos en *"We'll meet again"*, que fue coreada por unos marinos ingleses bastante afinados, también huéspedes del Hotel Carrera.

Después del aplauso cerrado de los parroquianos, volvimos a nuestra mesa abrazados. Sentí bajo mi mano el calor de su cintura palpitando como presagio de tormenta y desde más abajo, el murmullo ascendente que sólo yo era capaz de escuchar. Nuevamente las baldosas, más nítidas ahora. Tréboles de cuatro hojas sobre un fondo blanco.

Gabriel pretextó cansancio y nos abandonó pronto. Quedamos Samantha y yo solos, mirándonos a los ojos.

- Por favor, cruza tus piernas -le rogué.
- Qué extraño eres. ¿Te gustan mis piernas o es otra cosa?...
- Me gustan tus piernas, pero es otra cosa. Cuando caminas o cruzas las piernas generas una extraña melodía que me envuelve y arrastra a una zona evocadora aún no sé de qué.

Samantha se dio cuenta de que con ese sonido podía hacer conmigo lo que quisiera. Continuó rozando sus piernas mientras Excalibur luchaba por la libertad en su calabozo. Minutos más tarde ella misma interrumpió el suplicio:

- *"I'll pay the bill"*; Se cargará a la cuenta del hotel. Mientras tanto, toma la botella de lo que queda de Macallan para que lo terminemos en mi suite" -ordenó perentoria mi supuesta invitada.

Samantha puso su firma en la cuenta y yo dejé una propina más que generosa, pero mucho más baja que el consumo de los violinistas y de la cantante de jazz, que se retiraban del Piano Bar del Hotel Carrera con una dignidad propia de próceres de la libertad.

El hall de ascensores está silencioso y vacío. Samantha camina con la elegancia de un cisne de cuello negro navegando en una laguna azul profundo, y atrás la sigue la inefable estela del murmullo, que me arrastra ahora a un invierno perdido de mi infancia. Llueve cada vez más fuerte, tengo el pelo empapado, pesa mi chaqueta de uniforme, pero aún es capaz de absorber el agua que luego correrá sin protección sobre mi piel. Oigo el sonido seco y acompasado de sus pasos de taco alto sobre las baldosas. Afino mis oídos y empiezo a sentir el murmullo que crece y alcanza su mayor intensidad cuando pasa a mi lado, para luego esfumarse en el silencio y la oscuridad del corredor.

En el ascensor beso por primera vez esos labios generosos que además cantan y enmarcan a una lengua ardiente que se introduce en mi boca, quemando y secando la mía.

Samantha vuelve a besarme en cuanto cierra la puerta de su suite y yo respondo ahora como vi que lo hacía Gary Cooper en *"Love in the afternoon"* y me sale de lo más bien, recreándome en forma instantánea una experiencia que tuve en mis locos veinte y me empieza a funcionar una especie de instinto de habilidad inmemorial, porque mi mano derecha se mete detrás del corpiño y juntos, el índice, el pulgar y el anular, destraban un cierre que no habían tocado nunca, con un éxito bastante rotundo, mientras la delicada mano izquierda, la virtuosa que define los sonidos sobre las cuerdas, se ha introducido sin que nadie se lo pidiera entre los muslos suaves de Samantha. Ascende y desciende la mano inquisidora afinando el murmullo que brota del roce de mi palma sobre la textura indefinible de las medias que cubren los muslos generosos de la cantante de jazz, que se tensan cuando la mano audaz llega al final de las piernas, la peligrosa zona donde se han terminado las medias, haciendo que de su boca emerja un grito ahogado con cara de gemido y ella misma termina de quitarse el resto del vestido y se tiende desnuda sobre el tálamo. Intento fijar esa imagen maravillosa en mis ojos para siempre, porque intuyo que ese espectáculo no se volverá a repetir en mi vida, pero literalmente me arrastran del pelo y ahora son las manos de la cantante virtuosa las que arrancan mi camisa y mis pantalones.

- Por favor, no te quites las medias -alcanzo a murmurar antes de ser devorado.
- *¿Are you leg fetishist?*
- No. No lo soy, aunque tal vez pueda serlo. Yo sólo quiero tocar un adagio con mi violín para ti, mientras contemplo tu maravilloso cuerpo desnudo. Quiero que hagamos una especie de dueto y tendrás que ayudarme. Tú harás el bajo continuo.
- No sé qué locura estás inventando, pero me interesa. *¿What I'll have to do?*
- Deberás frotar tus piernas cubiertas con tus medias una sobre la otra, a la velocidad y con la intensidad que te iré señalando. Tus manos son libres de hacer lo que quieran.

Mientras, busco en mi repertorio de adagios para violín alguno que pueda expresar lo que siento, subyugando a Excalibur, miro a Samantha con los ojos del magnífico pintor que pude haber sido si no hubiera optado por este oficio, tan árido y repetitivo. ¡Cuántos cuerpos como este podría haber pintado cada día!

Excalibur vence y vuelvo a mi búsqueda en la música. Hay un adagio que siempre me ha conmovido: El paso del segundo movimiento, *adagio un poco mosso*, al tercero, *rondó-allegro*, sin separación temporal, del concierto N°5. Puedo transcribirlo perfectamente al violín. Con el arco enseño a Samantha que el tiempo es lento y alargado. Su pierna derecha se arquea ligeramente y empieza a frotar a la derecha extendida. Reconoce de inmediato la melodía:

- "¡This is "The Emperor", it is for piano!" -exclama con un dejo entre de duda y de asombro.
- Si, es para piano, pero con mi violín, tus piernas y tus medias haremos una recreación sublime.

Mi mano izquierda ha alcanzado una corporeidad lindante con la ilusión. Se desplaza y fija las notas sobre el diapasón como si fuera la mano de Dios. La derecha lleva el arco casi sin rozar las cuerdas, como extrayéndoles los sonidos, el tiempo y el silencio por artes de levitación. Samantha frota simultáneamente sus dos piernas, alargando o acortando el tiempo, juntando o separando sus muslos prodigiosos. El murmullo transita desde estelas de bergantines errantes a lava ardiente descendiendo por laderas mancilladas. Sus manos recorren voluptuosas cada centímetro de su cuerpo de ébano, envuelve sus senos con la mano izquierda mientras la derecha desciende sobre su vientre hasta perderse entre sus piernas. Breve silencio y vuelvo al adagio: Samantha lo ha entendido. Tensa sus muslos al máximo y aprieta sus pechos como si quisiera hacerlos estallar. Mis manos son apenas suspiros y están atentas como vigías en la cofa del palo mayor antes del combate naval. Por un instante parecen abandonar al violín y al arco, pero vuelven desde el vacío para posarse con fuerza inusitada sobre las cuerdas, y el arco como que las quiere cortar para beber el elixir de la vida eterna. Reaparece el corredor de los balaustres esta vez sin sombras. Al final hay una gran sala con sus puertas abiertas, muchos atriles ordenados en semi círculo. Al centro, el niño de la chaqueta mojada, la directora, la inspectora general y la hermosa profesora de Arte.

Tiembla, arden, se desmoronan montañas en un estallido final, como lo hacen los astros en su último estertor antes de desaparecer en la oscuridad eterna de la galaxia. El murmullo se funde con los truenos del día de lluvia, el niño

empapado no puede hablar, avergonzado sin saber de qué. Apenas se mantiene en pie junto a su atril donde hay un dibujo excepcional con una atmósfera y contenido como el de los afiches que hizo Lautrec para Jane Avril.

El violín es depositado solemnemente en su estuche y el violinista desnudo instala su rostro entre las piernas de la cantante de jazz que respira entrecortada. Ascende y desciende una y otra vez sintiendo en sus mejillas la textura inefable de las medias. En otro lugar, en otro tiempo que subyace esta misma noche de tormenta en la suite del Hotel Carrera, otra lluvia repica con fuerza sobre el techo de zinc de la Sala de Arte. Al centro y recibiendo la luz gris de invierno que viene de un lucernario, sobre un atril se destaca un magnífico dibujo: Una mujer da la espalda y tiene su pequeña falda negra recogida a la altura de la cintura *et son derrière*, hermoso y sugerente, resplandece desnudo. Más abajo, sus dos largas piernas están cubiertas de oscurísimas medias caladas de bataclana, acariciando a un gato negro.

- *Qui est-elle, demande sèchelent Mme. Devaut, la Provisseure..*

- *C'est Mme Collette, nôtre professeure d'art.*

- *Pourquoi l'as-tu déssinée ainsi?*

- *Parce que c'est comme ça que j'ai rêvé d'elle chaque nuit*

- *Mas que fait-il ce chat entre ses jambes?*

- *Ce n'est pas un chat, mais une chatte. C'est cette petite chatte qui ronronne entre ses jambes quand elle marche*

Ese fue el último día de lluvia del año y la última vez que se vio a Mme. Colette en el colegio. Algunos rayos de sol se colaron entre las nubes presagiando un arco iris, mientras en otra ciudad y en otro siglo, en la semi penumbra y el silencio alternado con el repicar de la lluvia en las ventanas y los truenos distantes, en una suite de un hotel principal se escucha dos respiraciones que transitan desde los estertores a los suspiros, alternados con el bajo continuo ejecutado por el rostro de un violinista virtuoso, mientras navega entre las paredes de seda y ensueño, que envuelven a las piernas efímeras de una prodigiosa cantante de jazz.

Un mes después, el violinista chileno Jean Jacques Leclerc obtuvo el Primer Premio en el Concurso Internacional de Violín "Pablo de Sarasate". Itzhac Perlman, presidente del jurado declaró en conferencia de prensa: "*The second movement of the chilean Leclerc, is the best adage that I've heard in all my life*".